

carrera, y las aguas se consolidan, y se detienen inmóviles. Habla Cristo, y el mar se humilla; las tempestades calman, y hasta la misma muerte oye y obedece su voz. ¡Pero qué no ha hecho en el orden de la gracia esta palabra omnipotente! ¡qué milagros mas estupendos, qué maravillas mas asombrosas!

¿No es la palabra de Dios la que convirtió y santificó al mundo? ¿la que triunfó de la idolatría? ¿la que domó el vicio y la impiedad? ¿la que destruyó los cedros del Líbano, y abatió el orgullo de las potestades de la tierra? ¿no es ella la que anunció por doce pobres pescadores, sin cultura, sin elocuencia, sin arte, se dejó escuchar de todo el universo, persuadió á los filósofos, confundió á los disolutos, convenció á los ateístas? La sabiduría humana, la razón orgullosa, las pasiones desenfrenadas, la inclinación á los deleites, el amor de la vida, todo cejó, todo se rindió á la omnipotente virtud de la divina palabra. Vióse ya mas de una vez que al acabar de oír un sermón, al acabar una lección espiritual, al salir de una meditación, se dejó el trono, se abandonó la corte, se buscó un desierto, y se trocó la púrpura real por un áspero silicio. Nada ha perdido de su virtud la palabra de Dios, porque ni se envejece, ni se debilita. ¿Pues de donde nace que siendo tan fecunda como de suyo lo es, parezca el día de hoy tan desvirtuada y tan estéril en el cristianismo? Nunca se predicaron mas sermones, y nunca se vieron menos conversiones. Puede decirse con verdad, que el ministerio santo de la predicación, que en el curso regular de la providencia debiera producir frutos tan abundantes y copiosos, hoy con grande confusión nuestra se ha hecho uno de los empleos, al parecer, mas inútiles. No atribuyamos esta espantosa esterilidad á la divina semilla, sino á la tierra que la recibe. Oyese la palabra de Dios sin disposición; con que no es maravilla que se oiga sin gusto: léese con orgullo, por curiosidad, con espíritu de contradicción, con el corazón preocupado, sin sumisión, sin docilidad, sin respeto. ¡Y despues nos admiramos de que se convierta en veneno este excelente alimento! ¡que este admirable maná se derrita y se corrompa! En un estómago enfermo los mejores alimentos se corrompen, y causan enfermedades mortales. El mayor castigo con que amenaza Dios á su pueblo, es no ya el hambre, sino quitar la virtud al pan. No hay hoy cosa mas comun entre los fieles que la palabra de Dios: ¡cuántas veces la he oido, y la he leído! ¿pero cuántos milagros, cuántos frutos ha producido en mí? ¡Buen Dios, cuánto debe espantarme esta esterilidad!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que tan pernicioso es no tomar

alimento; como tomarle estando en mala disposición. Igualmente se muere de hambre que de enfermedad. ¿Oyese la palabra de Dios como palabra de Dios? Preguntémoselo á la ansia que se tiene de oirla, al respeto y á la docilidad con que se oye. ¡Cuántos van á oirla solo por hacer crisis de los talentos y de la habilidad del que predica! Se hace vanidad de la misma resistencia, solo por acreditarse de mejor y mas delicado gusto. Cuando hace alguna fuerza el sermón, se piensa que todo está ya hecho, y sin embargo se puede decir que nunca nos resta mas por hacer. Algunos van á oír la palabra de Dios solo por oír al predicador; esto es, no tienen otro motivo para asistir al sermón, sino el estar convidados; van por bien parecer, por atención, por costumbre, ó por pasar una hora de tiempo: vase tambien por empeño, por parcialidad, y tal vez por pura adulación, lisonja ó complacencia. Los motivos de aquellas damas, que solo van al sermón por dejarse ver, por brillar y por lucirlo: los de aquellos disolutos de tan poca religion: los de aquellos ociosos que solo se mueven por humor ó por capricho: los motivos de todas estas personas tan poco cristianas, ¿son siempre muy espirituales, son muy puros? ¡Y no seria maravilla que la palabra de Dios fructificase en corazones tan mal dispuestos; que estos peñascos diesen agua; que prendiese el grano sembrado entre estas piedras y en medio del camino!

Son pocos los que se aplican á sí lo que oyen al predicador. Se hace un retrato que se nos parezca, se dice que aquello no es predicar sino morder; no es doctrina sino sátira. ¿Y á vista de esto nos causará admiración, que con tantos ministros del Señor, que anuncian su palabra con tanta energía; que resonando á cada paso en todos los pulpitos las verdades mas terribles de la religion, sean tan pocos los que se conviertan? Se sale por la mañana del sermón con ánimo de ir por la tarde á la comedia; y se oye ésta con mas atención que aqué. Háblanos Dios; ¡con qué respeto, con qué docilidad, con qué sumisión, con qué humildad se le debe oír! ¿será buena disposición para oír, ó para leer la palabra de Dios, un gusto de novedad, un espíritu de curiosidad y de crítica?

¡Ah Señor, y cuánto he perdido yo! ¡y qué motivos de dolor me he fabricado á mí mismo! Solo con consultar el fruto que he sacado de vuestra divina palabra, me basta para comprender cuánto he perdido, y cuánto tengo que llorar. Si basta sepultar el talento para condenar á un deudor negligente y perzoso, ¿qué deberé pensar yo de lo que os debo? Dadme tiempo, Señor, dadme tiempo; que con vuestra divina gracia yo sabré apro-

vecharme tan bien de vuestra divina palabra, yo negociaré tanto con este celestial tesoro, que todo os lo pagaré.

JACULATORIAS.— Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la practican. (*Luc. 11.*)

Tu palabra es luz que me dirige, y linterna que me alumbra. (*Psal. 118.*)

PROPOSITOS.

1 La palabra de Dios es omnipotente. Habló Dios, y todo le obedeció. Hasta la nada, por decirlo así, oyó su voz, y no pudo resistirse á sus preceptos. ¿Qué virtud no tiene esta divina palabra aun en la boca misma de los hombres? Hace que las ondas se endurezcan y se consoliden debajo de los pies; hace que los mas duros peñascos broten agua en abundancia; hace que se abran los sepuleros, y que vomiten vivos á los que tragarón cadáveres. Toda la naturaleza enmudece, todo calla cuando habla Dios, y su voz jamás se debilita. ¿Pues de donde nace que esta divina palabra, cuya virtud nunca se envejece, sea hoy tan poco eficaz; y que la voz de Dios que se hace oír hasta en los abismos, que trastorna los mas empinados, los mas robustos cedros del Líbano, no pueda, al parecer, penetrar el corazón del hombre, ni abatir su orgullo? Dios predica, Dios habla, Dios amenaza; ¿pero quién se convierte? ¿de donde proviene esta impía resistencia de nuestros corazones? Proviene de que se oye la palabra de Dios sin docilidad, de que se asiste á los sermones con mala disposición. Cae este misterioso grano ó en medio del camino, y le pisan los pasajeros; ó en tierra pedregosa, y se seca por falta de jugo; ó entre zarzales y espinas, y éstas le sufocan: es muy poco el que cae en buena tierra. Examina cuál de estas parábolas te comprende. Tu corazón es esta tierra; ¿pero es acaso la tierra del camino real por donde todos pasan? ¿es la tierra pedregosa? ¿es la que está llena de las espinas que brotan las pasiones? ¿con qué disposición vas á oír el sermón? Prueba clara del poco caso que haces de él, es el poco fruto que sacas. Comienza acusándote con dolor en la primera confesión de este poco aprecio, de esta indiferencia, y de lo que has abusado tanto tiempo ha de la palabra de Dios, observando en adelante los consejos siguientes. Primero: Antes de ir al sermón, dite á tí mismo que vas á oír la palabra de Dios. Segundo: Al empezarse el sermón, pide al Señor te dé gracia para aprovecharte de él con esta breve oración: *Loquere, Domine, quia*

audit servus tuus: Hablad, Señor, que vuestro siervo oye; ó por medio de esta otra: *Servus tuus sum ego: da mihi intellectum ut sciam testimonia tua; tempus faciendi, Domine:* Vuestro siervo soy, Señor: dadme entendimiento para conocer lo que queréis que haga, y para practicarlo; porque ya es tiempo de acreditar mi rendimiento mas con obras que con palabras. Tercero: Oye con respeto la palabra de Dios, estando persuadido á que á tí solo se dirige, y contigo solo habla. Cuarto: Cuidá que las aves no se coman todo el grano; y despues del sermón pide al Señor su gracia para que no se pierda lo que oíste.

2 Es la sagrada Escritura la palabra de Dios pura y neta. ¡Qué indignidad es leerla sin atención, sin devoción y sin respeto! ¡qué impiedad abusar de ella para burlas, para chanzonetas, para aplicaciones profanas! Desde el principio de la Iglesia se valió el demonio de todos los herejes para corromper el sagrado texto. Ellos gritaban y publicaban en todas partes que aquella era la palabra de Dios. De aquí nació aquella tropa de espíritus ligeros ó corrompidos, que en todos tiempos corrieron á engrosar el partido de los herejes: de aquí aquel espíritu de rebelión contra la Iglesia, que siendo la única depositaria de la fe, y la única á quien el Señor ha prometido su verdadero espíritu, es también la única que puede descubrir, desenmarañar, y procribir el error. Ninguna herejía ha habido en que no haya reinado el fanatismo: habla la pasión, el orgullo y la disolución, y ella grita que es Dios el que habla. No hay cosa mas perniciosa que los libros heréticos: ten un santo horror á todos los que condena la Iglesia. Por lo comun están escritos con mucho arte, con bello estilo, con gracia, con sal: el papel, la letra, hasta la misma curiosidad de la encuadernación embelesa; pero es muy peligroso el veneno de que están llenos: cuanto mejor preparado, es mas sutil, mas digno de temerse; rara vez se espele si una vez se introduce. Solo la Iglesia conserva la palabra pura de Dios: nunca leas otros libros que los que ella autoriza, ó no condena; y procura informarte de un sabio y santo director qué libros podrás leer sin peligro. El estómago débil no puede con alimentos fuertes. Apenas ha habido secta ó herejía que no haya traducido en lengua vulgar la sagrada Escritura, poniéndola en manos de ignorantes y de mujeres. Presto se toma una plaza cuando se envenenan todas las fuentes. No sin razón ha prohibido tantas veces la Iglesia en sus concilios que se traduzca la sagrada Escritura en lengua vulgar. No la leas en esta lengua sin licencia, y léela siempre con devoción y con mucho respeto. Muchos santos la leían de rodillas y con la cabeza descubierta. ¡Oh, y cuánto es de temer que este

prurito que tienen de leer la sagrada Escritura tantos ignorantes y tantos cortísimos entendimientos no nazca del enemigo de la salvación y del espíritu de orgullo!

DIA XXVI.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN CLETO, papa, en Roma, el segundo que gobernó la Iglesia después de S. Pedro apóstol; fué coronado con el martirio en la persecución de Domiciano. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN MARCELINO, papa y mártir, allí mismo, el cual en tiempo de Maximiano por defender y confesar la fe de Jesucristo fué degollado en compañía de CLAUDIO, CIRINO y ANTONINO: fué tan cruel la persecución que entonces se levantó, que en un mes fueron martirizados diez y siete mil cristianos. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN BASILEO, obispo y mártir, en Amasea del Ponto, el cual impediendo Licinio padeció glorioso martirio; su cuerpo lo echaron en el mar, y después lo halló Elpidiforo por aviso de un ángel, y lo enterró honoríficamente.

SAN PEDRO MÁRTIR, primer obispo de Braga, en Portugal. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN CLARENCIO, obispo y confesor, en Viena.

SAN LUCIDIO, obispo, en Verona.

SAN RICARIO, presbítero y confesor, en el monasterio de Centola.

SANTA EXUPERANCIA, virgen, en Champaña.

SAN CLETO, PAPA Y MÁRTIR.

SAN Cleto fué romano; y habiéndole convertido á la fe el apóstol S. Pedro, se hizo discípulo suyo, y en la escuela de tal maestro aprovechó tanto en poco tiempo, que fué ejemplo y modelo de todo el clero de Roma, así por su zelo, como por su fervor y admirable devoción.

Con su afabilidad conquistaba los corazones de todos, hasta de los mismos paganos; y el grande amor que profesaba á Jesucristo, daba á entender que habia heredado de su maestro aquella singular ternura, con que éste habia mirado siempre al Salvador. Hacia S. Pedro tanto aprecio de S. Cleto, que se cree, y con razon, haberle escogido juntamente con S. Lino, no solo para trabajar á su vista en Roma y sus contornos, como los demás operarios evangélicos que empleaba en la viña del Señor, sino tambien para que en su ausencia gobernasen aquella primera iglesia del mundo.



S. CLETO PAPA Y M.